

Al contemplar á su patria, al estudiar á sus hombres, al examinar á Europa, al sondear el porvenir, Garibaldi definió sus convicciones, una nueva luz se produjo en su espíritu. Desde entónces supo descubrir bien el punto adonde se dirigia, desde entónces, sí, personificó como dice Petruccelli, la conciencia de Italia.

Veamos cual era la situacion de esta nacionalidad desgraciada.

Todo el mundo se ha repetido á porfia, al hablar de las tentativas de libertad que agitaban de cuando en cuando á los pueblos italianos, despues de la gran revolucion francesa, que lo que se deseaba era la resurreccion de Italia, la augusta muerta, encadenada por tantos siglos de tiranía. Los pensadores patriotas, los que preparaban la opinion pública, esparcian en sus folletos, en sus libros, en sus poemas, en sus predicaciones, que Italia debía resucitar; era una creencia religiosa, era un mito mesiánico, algo como la resurreccion de Adonis ó como la resurreccion de Cristo.

La escuela de los patriotas pesimistas y melancólicos como Fóscolo, como Pellico, como el excéptico Leopardi, exhalando un

gemido de desaliento y de resignacion desesperada, habia indicado sin embargo una luz ténue y vaga en el horizonte. El catolicismo, como elemento de independencia, el primado de la Religion, como apoyo de fuerza política. Era el sueño místico de Savonarola, que volvia en el siglo XIX con todas sus concepciones de la Edad-Media. ¡Sueño imposible!

Pero sueño que llegó á alucinar á todos los patriotas; Gioberti no era un utopista singular cuando publicó su famoso libro, *el Primado*; acompañábanlo en sus teorías y en sus esperanzas todos los italianos, Balbo, d'Azeglio, hasta Gregorio XVI, hasta los jesuitas, hasta los reyes del Piamonte, hasta Mazzini que escribió despues á Pio IX, hasta Garibaldi que le ofreció su espada.

Pero ¿acaso esta teoría era posible? ¿Tratábase ciertamente de resucitar á Italia? ¿Pero Italia tal como la concebían y la querían los patriotas habia existido alguna vez? Nunca. ¿Qué Italia, pues, habia de resucitarse?

¿Acaso la Italia de los Césares? Pero esa Italia, no era más que Roma, como cabeza y los demas pueblos italianos como municipios,

como colonias. Además esa Roma, no era la Roma de los Brutos, de los Fabios y de los Cincinatos, sino la Roma de los emperadores perversos y viciosos y de los ciudadanos envilecidos; era miseria y decadencia, tiranía militar y esclavitud, la podredumbre que aniquiló á Italia, y que la sometió á los bárbaros.

¿Era acaso la Italia bizantina? Pero esa era un exarcado tan vergonzoso, como el vireinato lombardo véneto. Tal vez la Roma güelfa, la mística ciudad de Savonarola? Pero la teocracia católica era incompatible con las libertades humanas; la pura alucinacion del mártir florentino, habría en la práctica concluido en la tiranía del príncipe de Maquiavelo, en el bandido papal como Cesar Borgia ó en el verdugo sanfedista, como Gregorio XVI.

¿Era una federacion de repúblicas como las de la Edad-Media? Pero eso era la oligarquía de los mercaderes ó de los señores feudales.

¿Era la Italia gibelina con el Sacro Imperio, con el Austria? Imposible. No habia pues, resurreccion que pudiera satisfacer las aspiraciones de los italianos de nuestro siglo.

El engaño, sin embargo, las ilusiones acariciadas en la desesperacion, duraron algunos años, pero se disiparon al fin. Garibaldi comprendió desde 1848, que las ideas güelfas que hacian de Pio IX un libertador, eran absurdas. no habia que volver los ojos al pasado, era preciso crear una nueva Italia, formar una nacion moderna, fundada, no en principios sacados de los viejos códigos romanos, ni en las vanidades católicas de Hildebrando, ni en los sueños evangélicos de un monge, sino en algo más sólido y más justo: en los Derechos del hombre, en la soberanía del pueblo, en el Decálogo proclamado por la Revolucion francesa, base inquebrantable de los Estados modernos.

Desde entónces sus esfuerzos tendieron á hacer palpitar en Italia un solo corazon, á formar un solo punto, á lauzar un solo grito. ¡Italia libre! sin extranjeros y sin opresores, pensamiento que el gran poeta nacional, Carducci há condensado en estos dos versos de su himno de guerra:

Uno il core, uno il patto, uno il grido
Nè stranier, nè oppressori mai più.

Desde entónces, Garibaldi fué la conciencia de Italia.

La Patria, en efecto, comprendió bien pronto que sus esperanzas en el Papado no tenían fundamento. Pio IX despues de sus primeros pasos vacilantes en el camino de la moderacion, volvió atrás. Al ministerio Mamiani sucedió el ministerio Rossi, á las concesiones, la resistencia, la fuga y la apelacion al Austria. Pio IX era tan gibelino, como su antecesor.

Entónces siguió aquella República romana de algunos meses, entónces comenzó aquella grandiosísima epopeya de la defensa de Roma, en la que Garibaldi se destaca otra vez como Hector, pero como un Hector nunca vencido, como un Hector que no encontró jamas Aquiles. Entónces tuvo lugar aquel combate del 29 de Junio de 1849, en el recinto Aureliano, tan enorme, tan terrible, tan prodigioso, en que Garibaldi hizo tanto y en que fué tan grande, tan valiente, tan heroico que la narracion de sus proezas hubiera hecho enmudecer al cantor de la Iliada.

Luego, vencida la República, por los ejércitos de ese fatal Luis Bonaparte verdugo de

la libertad en su patria y en todo el mundo, Garibaldi salió de Roma é hizo su retirada á Venecia perseguido por el ejército francés, por el ejército austriaco, por el ejército napolitano, á través de precipicios, con el hambre y la desnudez en su ejército hasta Venecia, en donde la adversidad lo hirió doblemente en su amor pátrio, sucumbiendo la República veneciana, y en su amor íntimo muriendo de cansancio y de sufrimiento la valerosa y bella Anita, el ángel bueno de sus destinos.

Así, errante, proscrito, expatriado, teniendo que trabajar como obrero en los Estados-Unidos vivió desde aquel tiempo hasta que pudo volver á Italia en 54 y trabajar para comprar con el precio de su trabajo de marinero, el islote de Caprera, ese libre rincon en que descansaba de sus viajes heroicos el águila de Italia. Despues, viene su marcha de combates y de triunfos en Lombardia, contenida solo por la paz de Villafranca. Luego en 1860 su prodigiosa llegada con los mil á Sicilia, sus batallas rápidas de Calatafimi, de Copola, su ocupacion de Palermo, su combate de Milazzo y la entrada en Nápoles. ¡La conquista de un reino en tres meses! y luego lo más noble.

Siendo dictador, pudiendo ser el jefe de esa nacion, adorado por los pueblos y por el ejército, este hombre sublime y único pone su conquista á disposicion del rey Víctor Manuel, sacrificando gustoso su ideal la *República* á un principio preferente entónces, la *unidad italiana*. Y se retira á Caprera de donde no sale sino para asistir al Parlamento de Turin y para pelear de nuevo y ser combatido por la ingratitud de su gobierno, cayendo herido en Aspromonte en Agosto de 1862.

En 1866 vuelve á la cabeza de sus voluntarios á combatir en el Tirol y el armisticio firmado entre el Austria y su gobierno lo detienen de nuevo. Siempre es él quien marcha y son la diplomacia, la envidia ó la ingratitud las que lo detienen.

Luego en 1867 vuelve á marchar sobre Roma, pero encuentra de nuevo á los franceses de Bonaparte en su camino y vencido en Mentana es llevado prisionero á Varignano.

Pero estos encuentros malhadados con los franceses que en un hombre vulgar podrian haber hecho aborrecer á Francia, en Garibaldi no fueron impedimento para que cuando

la noble nacion estuvo invadida y fué desgraciada, viniese con sus dos hijos Menotti y Riciotti, á servir bajo sus banderas; eran las de la República y de una República desdichada.

Allí el viejo leon obtuvo la única victoria de la campaña de 71, en favor de Francia y su hijo Riciotti arrancó la única bandera alemana que pudo escaparse de las manos de la victoria.

Así, pues, nada más justo que hoy el pueblo francés se levante como un solo hombre para descubrirse ante la muerte del glorioso caudillo y para honrar su memoria.

¿Qué importan las palabras que el patriotismo exaltado arrancase alguna vez al soldado de la Libertad? ¿Acaso él recordó cuando la Francia sufría, á los soldados alevosos de Oudinot, ó los chassepots de Faily que *hicieron maravillas* en Mentana?

La generosidad de Garibaldi no tenia igual, ni ha tenido igual en la Historia, así como su valor ni su virtud.

En México no combatió, en México no derramó su sangre generosa, pero México le debe reconocimiento, respeto y admiracion,

como á uno de los más grandes caudillos de la democracia universal. Aquí su ejemplo, su constancia en las adversidades, su fé en el triunfo de la santa causa de los pueblos, siempre sirvió de aliento á los patriotas y á los liberales, y más de una vez, sus palabras y sus hechos animaron á nuestros capitanes de la Reforma y de la Independencia. Era teniente suyo el bravo general Ghilardi, que subió aquí al cadalso en defensa de nuestra patria. En suma, Garibaldi era de esos hombres que hacen bien á las naciones con solo servir de ejemplo.

¡ Oh varon ilustre! tú no has muerto en el mundo de las ideas; tu corazon ha cesado de latir, pero tu espíritu vive inmortal en tus obras que serán fecundas, en tus ideas que recorren el mundo, en esa Italia eterna y jóven que tú has animado con tu aliento, que has vivificado con tu sangre y que cumplirá en el porvenir los destinos que le señalaste. Ella te ama con el cariño de la hija y con la pasion de la madre, ella te ha amado, guerrero generoso y bueno, y ninguno ha hecho temblar su corazon de angustia, hinchar su seno de alegría, como tú con tus peli-

gros y tus glorias. Pero no es solo Italia la que te ama; es tambien la libre América, entre cuyos padres te colocaron tu valor y tus sacrificios; es el mundo republicano que vé en tí á uno de sus modelos más puros y más perfectos; es la humanidad á la que has honrado con tu vida de sublime grandeza y de virtud sin ejemplo.